

EL PER

Imaginemos que en un lugar remoto, en el que hay carencia de alimentos, a un hombre en peligro de muerte por desnutrición los médicos empiezan a alimentarlo con comprimidos traídos de fuera que contienen los elementos estrictamente suficientes para su supervivencia. El hombre mejora tanto en su calidad de vida, tanta es la diferencia entre su horroroso estado pasado y su miserable estado presente, que confunde la mera supervivencia con poco menos que una situación ideal, y ya no hace casi nada o muy poco por eliminar el origen de su fatalidad, de manera que las causas últimas que lo llevaron a la situación de hambre siguen latentes. Él cree que su futuro sigue pasando por las píldoras que periódicamente le llevan los médicos, y, lo que es peor, cree que también pasa por las píldoras el futuro de sus hijos. Por eso lucha encarnizadamente cuando se entera de que quizá pronto los médicos dejen de recetarle esas medicinas salvadoras. No le falta razón para asegurar que su vida está en juego: después de tanto tiempo, aunque en su país ha mejorado bastante la posibilidad de alimento, la abulia ha hecho que en su pueblo siga existiendo la misma carencia de alimentos de siempre, y aunque hubiera alimentos, él, además, ya no tiene las encías y las muelas acostumbradas a masticarlos, ni tiene el estómago acostumbrado a digerirlos. Si no vuelven a traer las píldoras, volverá el hambre, quizá aunque pueda acceder a los alimentos.

El cuento puede servir de metáfora y aplicarse a algunos de nuestros pueblos, en los que existe simultáneamente falta de trabajo y falta de albañiles, de carpinteros, de herreros, de fontaneros, de peluqueros, etc.; en los que existe al mismo tiempo la miseria y la complacencia, el trabajo y el paro, y un amor exacerbado al PER de unos junto a un odio exacerbado al PER de otros.

En muchos de nuestros pueblos, hasta los que marchan bien no son capaces de ver más allá del terreno que pisan, y darse de alta (o dar de alta) en la Seguridad Social es poco menos que una ilusión y contratar a más de un par de trabajadores y lanzarse a ampliar el negocio es una utopía. Si hay unos pocos

pueblos que van para adelante es porque sus habitantes hacen justamente lo contrario, que es lo que hay que hacer.

Ahora hay quien dice que si el problema es el fraude, que se luche contra el fraude. Pero quien habla así conoce el fraude y calla como ha callado siempre, alegando que para eso están los inspectores de trabajo. Yo no creo que el problema sea el fraude, por mucho que el fraude encabrone y desmoralice a quienes no perciben el subsidio en las zonas PER, que son muchos y también votan (aunque algunos políticos no parecen darse cuenta de ello), sino la ausencia de motivación para crecer, para salir de la miseria, para solucionar el problema de origen.

Parece evidente que no se puede cortar el PER ahora si no se quiere mandar a muchos de nuestros pueblos al carajo. Pero también parece evidente que hay que hacer algo más que no cortar el chorro. Y no sólo por parte de las administraciones públicas. Los sindicatos tienen mucho que decir, si de verdad están para defender a los trabajadores y, sobre todo, tienen que decir los propios beneficiarios, aunque ya no sea por ellos, aunque sólo sea por el futuro de sus hijos.

Bien está que por circunstancias se tenga derecho a que te den el pan de hoy, pero el derecho al pan de mañana –sobre todo por parte de los jóvenes–, el derecho al pan de los hijos, y de los hijos de los hijos, debe ganárselo uno arriesgando y luchando por un trabajo, por un negocio, por una formación. El subsidio debe existir, por supuesto, pero no estaría mal que ese coraje que muchos ponen para defenderlo lo pusieran también para crecer en la vida.

Juan Bosco Castilla